

MATAR A UN RUISEÑOR



Fotograma de *Matar a un ruiseñor* (Robert Mulligan, 1962)

“Ese fue el único momento en que escuché a Atticus decir que era un pecado hacer algo, y le pregunté a la señorita Maudie al respecto. Tu padre tiene razón – me dijo ella–. Los ruiseñores no hacen otra cosa que crear música para que la disfrutemos. No se comen los jardines de la gente, no hacen nidos en los graneros, no hacen otra cosa que cantar su corazón para nosotros. Es por eso que es un pecado matar a un ruiseñor”.

Harper Lee

Harper Lee publicó en 1960 su única novela. Una solitaria ópera prima que se convirtió rápidamente en todo un clásico de la literatura no sólo norteamericana, sino universal. Comparado con la escritora sureña, hasta el huidizo Salinger parecería prolífico. *Matar a un ruiseñor* obtuvo el Pulitzer del año siguiente, y en 1962, Robert Mulligan la llevó al cine, brindándole a Gregory Peck la oportunidad de encarnar al comprensivo, ecuánime, justo e inquebrantable Atticus Finch. Sin duda, el papel de su vida, un memorable ejercicio de perfecta naturalidad, tal como lo reconocieron sus compañeros de la Academia de Hollywood al otorgarle el Oscar al mejor actor

protagonista. A José Luis Garci le oí decir que Atticus Finch es el padre que todos quisimos tener y deberíamos ser. Completamente de acuerdo.

Casi sin darse cuenta, Harper Lee se puso a sí misma el listón muy alto. Consiguió a la primera lo que muchos no logran a lo largo de una dilatada carrera. Crear un universo creíble, habitado por personajes tan de carne y hueso como arquetípicos. Una literatura que atrapa la vida común para fecundarla con profundos sentimientos, drama social y misterioso lirismo, elevando lo cotidiano a la categoría de universal. Casi sin que nos demos cuenta, nos atraviesa con un dedo la llaga, y con una caricia, el corazón. Reciclando escenas de su infancia, sensaciones, inocentes descubrimientos, pintorescos vecinos, junto con un suceso ocurrido en una localidad cercana cuando ella tenía diez años. Mezclando gótico sureño y un genuino sentido de la ética, *Matar a un ruiseñor* es uno de los títulos habituales en las listas de lectura de los centros educativos del mundo anglosajón. Un emocionante alegato contra la venenosa aberración que suponen los prejuicios, de manera particularmente dramática los raciales, que también señala sus mejores antídotos: la compasión y el coraje. La voz de la narradora presenta a su padre, en su luminosa y digna modestia, como precursor de la lucha por los derechos civiles tres décadas antes de que esta estallara. Un discreto Martin Luther King blanco y provinciano. El momento de publicación y eclosión de la novela no pudo haber sido menos premeditado ni más oportuno. En la voz narradora, se combinan la niña que observa a su alrededor y la mujer que, al recordar, reflexiona sobre esas impresiones. De esa forma, la mirada inocente y la revisión crítica se fusionan sin solución de continuidad, dando lugar a un efectivo tono de conmovedora y tierna ironía.

Harper Lee había nacido en 1926 y crecido en Monroeville, Alabama, donde se hizo amiga de un niño que no mucho tiempo después, firmando sus libros como Truman Capote, habría de conocer también un notable éxito literario. La joven estudió leyes en la Universidad de Alabama, al tiempo que colaboraba activamente en las revistas literarias que se editaban en el campus. Se atrevía con temas que aún eran tabú en aquellas fechas y latitudes. Derechos civiles, discriminación racial. En 1950, se muda a Nueva York, y encuentra trabajo en el servicio de reservas de una compañía aérea. Mientras tanto, escribe ensayos y relatos que evocan el sur. En 1957, su amigo Truman Capote le presenta a un agente literario, quien, a su vez, consigue que un importante editor lea sus trabajos. De momento, no habrá publicación. Sólo un valioso consejo. Una arriesgada apuesta que la lleva a dejar su empleo, pedir dinero prestado a sus amigos, y dedicar un intenso año sabático a la escritura. Otro año y medio más de supervivencia, y *Matar a un ruiseñor* estará lista. Lo que ocurre después desborda con creces sus previsiones más optimistas. Esperaba una acogida y ventas suficientes como para poder seguir escribiendo. Y obtiene un éxito tan enorme que, salvo sorpresas de última hora, habrá de dejarla literariamente muda durante el resto de su vida. Un sueño tan realizado y completo que lo demás sólo pudo ser silencio.

La película

La **Gran Depresión** en Maycomb, Alabama. Una pequeña ciudad inventada, somnolienta y anhelante como el blues. Intensos recuerdos de tres años de infancia. Días de sospechas y descubrimientos. Fantasía y curiosidad infinitas. Fantasmas imaginarios y monstruos reales. Jean Louise "Scout" Finch tiene seis años. Jem es su hermano mayor y Atticus, su padre, un abogado de mediana edad que ha enviudado. En verano aparece Dill (Truman Capote), un redicho renacuajo que pasa las vacaciones con su tía. El tema favorito de los tres niños será Boo Radley, un vecino que no sale de casa y a quien hace bastantes años que casi nadie ha visto. Un oscuro vacío que rellenan a base de imaginación y contradictorios rumores. Alguien que les deja pequeños regalos en el hueco de un viejo árbol, objetos cargados de sentido, que conforman una misteriosa declaración de amistad incondicional.

La primera vez que se lee la novela, o se ve la película, sorprende que tanto Scout como Jem llamen a su padre por su nombre. Precisamente, Atticus, bien que a su pesar, va a ser el otro gran foco de atención de los niños, que irán descubriendo en él a un auténtico héroe, con cualidades ocultas por la modestia, y una carrera más o menos anodina de abogado de provincias, a la que un caso particularmente escandaloso va a imprimir notoriedad. El tribunal local convoca a Atticus para que se haga cargo de la defensa de Tom Robinson, un hombre negro acusado de violar a Mayella Ewell, una chica blanca. En aquella época, en un pueblo del sur estadounidense, la hábil y decidida defensa que Atticus comienza a desplegar no podía granjearle precisamente las simpatías de una parte importante de la ciudadanía, recalcitrante y visceral en su racismo. Scout se batirá en el patio del colegio en defensa del honor de su padre, y resultará fundamental la noche en que un grupo numeroso se apresta a linchar a Tom Robinson. Atticus, conocedor de las intenciones de sus vecinos, se había apostado en la puerta de la cárcel local, sentado en una mecedora y leyendo un libro bajo una lámpara de pie, como en el cuadro de soledad ante el peligro que Edward Hopper nunca pintó. Cuando el pelotón de linchamiento se dispone a desalojarle por la fuerza, Scout aparece de manera inesperada y con sus inocentes comentarios logra avergonzar momentáneamente a los linchadores. Y no continúo desvelando una trama altamente emotiva que concluirá como un tenebroso y esperanzador cuento de hadas de ese género que se ha dado en llamar **gótico sureño**.

¿Qué es el coraje? Atticus le enseñará a Scout y Jem que poco tiene que ver con responder a los insultos con una pelea en el patio de recreo, sino con la altura moral que te permite encajar un escupitajo sin perder tu propio sitio, tu dignidad. "Quería que vieras lo que es realmente el valor, en lugar de tener la idea de que el valor es un hombre con un arma en su mano. El verdadero valor es cuando sabes que tienes todas las de perder, pero emprendes la acción y la llevas a cabo a pesar de todo. Raramente ganas, pero algunas veces lo logras". La activa integridad de Atticus Finch también le ha convertido en un modelo para abogados, hasta el punto de que en algunos círculos se le llega citar como si hubiese existido en realidad. A pesar de ser una profesión que tanto juego literario y cinematográfico ha dado, pocas veces se ha ofrecido de ella una

imagen tan limpia y positiva. Nada debe, pues, extrañar que muchos letrados se sientan orgullosos de su célebre colega imaginario; o que algunos jóvenes decidieran matricularse en la facultad de derecho después de haber visto la película.

Hay quien ha querido ver en la figura de Atticus una ambigüedad de fondo: por una parte lucha contra la injusticia, pero lo hace dentro de un marco social, económico, político, incluso legal, injusto, sin hacer nada para cambiarlo. Desde luego, estas objeciones, referidas a una historia ambientada en el sur profundo de la década de 1930, pecan cuando menos de anacrónicas. Aunque no deje de ser cierto que Atticus, a pesar de las buenas relaciones que intenta mantener con todo el mundo, es un individualista, en el sentido de que todo en su vida parece dar a entender su creencia de que los cambios sociales consistentes y duraderos, lejos de ser fruto de violentos alzamientos colectivos, proceden de la suma de la buena voluntad de cada ciudadano, de cada ser humano. Pequeñas, pero muy concretas, revoluciones cotidianas. Y no quiero dejar de recordar aquellas películas de Frank Capra, tan entrañables en su apariencia, pero tan contundentes al señalar al individuo, a cada uno de nosotros, como responsable último de toda la miseria o felicidad del mundo. Las películas con las que, aunque no se diga ni en la novela ni en su adaptación cinematográfica, debieron de haber crecido Harper Lee y Scout Finch.

Es opinión de Allan Gurganus, otro narrador de ese sur profundo que ha parido algunas de las mejores páginas de la literatura estadounidense, que parte del atractivo de esta novela radica en que la autora se deja llevar por las impresiones sensoriales, en particular las visuales, lo que da como resultado una ambientación literaria que envuelve al lector como si de un nostálgico y sensible dispositivo de realidad virtual se tratase. La adaptación cinematográfica constituía casi una demanda natural. *Matar a un ruiseñor*, como decíamos al principio, fue llevada a la pantalla por Robert Mulligan en 1962; arrasó en taquilla, y aún hoy encabeza la lista de películas favoritas muchos de nosotros. Amén del Oscar a Gregory Peck, cosechó los de mejor dirección artística y mejor guión adaptado. Un par de apuntes cinéfilos. Tanto Harper Lee como Mary Badham, la niña que interpretaba a Scout, siguieron llamando Atticus a Gregory Peck cada vez que le llamaban por teléfono o se encontraban con él. El papel del elusivo Boo Radley corría a cargo de un joven actor que debutaba en el cine después de haber aparecido en algunas series de televisión. Se llamaba Robert Duvall y aún estaba lejos del surf con olor a napalm en las playas de Vietnam.

Te dejo con algo que le explicó Atticus a Scout mientras se balanceaban en el porche de su casa. Una pequeña lección sin importancia: “Nunca comprenderás a una persona hasta que no consideres las cosas desde su punto de vista, hasta que no te metas en sus zapatos y te des una vuelta por ahí”. Y ahora comienza a sonar la evocadora banda sonora de Elmer Bernstein.

Manuel Ariza Canales